

Femeninología
Ciencia de lo Femenino

Oswaldo Buscaya



*Femeninología

*Ciencia de lo femenino

Notas (1 a 20)

Oswaldo Buscaya

Las fuertes resistencias contra lo femenino no serían de índole intelectual, sino que proceden de fuentes afectivas; la **irresoluble perversión no sublimada y ambigüedad sexual del varón que posee la decisión final en éste esquema**, donde lo masculino sigue siendo la ley.

“Lo femenino es el camino”

Prólogo

Mi participación en esta verdadera y lógica lucha ante la discriminación y sometimiento de la mujer, entendería lo que estoy haciendo y porque.

En mi niñez identificaba “lo femenino” con lo “hogareño”, el pelo blanco, prematura vejez, el batón y el olor a fritura de mis abuelas, que me hacía el pensar porque soportan vivir así al lado de un varón, y cuando lo expresaba recibía una réplica (mocoso maleducado. Hoy veladamente piensan que soy un viejo maleducado)

Dedicado a María, mi madre y María Rosa, mi compañera.

***FEMENINOLOGÍA**

*Ciencia de lo femenino

Postulado: la ***irresoluble perversión no sublimada y ambigüedad sexual del varón.***

Las fuertes resistencias contra lo femenino no serían de índole intelectual, sino que proceden de fuentes afectivas; la ***irresoluble perversión no sublimada y ambigüedad sexual del varón que posee la decisión final en éste esquema,*** donde lo masculino sigue siendo la ley.
(Oswaldo Buscaya)

Femeninología

Nota (1)

Introducción

Mi punto de vista, es sólo eso, un punto de vista producto de mi apreciación, percepción y lectura de lo real que sería mi consideración de la realidad, donde para el otro sería la irrealidad. Siempre sería una elección. Mi elección es el psicoanálisis (Sigmund Freud). Dentro de mi elección consideramos que nuestra civilización sería el resultado de haber pasado del esquema de la horda primitiva, donde el macho más viejo poseía exclusiva y absolutamente su privilegio sobre las hembras. En ésta hipótesis, en el fondo de los tiempos, el ingreso al actual esquema de la civilización, se produciría por la rebelión de los restantes machos más jóvenes que liquidan y comen al represor, para posteriormente surgir la culpa y el arrepentimiento.

Esta rebelión en definitiva, por la situación de las hembras, implica la posesión sobre un objeto. Se trató de una rebelión “masculina”, donde la finalidad era reemplazar a otro “varón”, lejos de “liberar” al otro sexo, todo lo contrario; lo femenino cambiaba de amo: se

cambiaba para que nada cambie y así llegamos al siglo 21, en que el nacimiento del clan y el totemismo, en su “evolución” nos lleva al presente esquema de la civilización. La literatura sobre el tema nos eximiría de profundizar, esta cuestión, no obstante podemos agregar que las fases del denominado complejo de Edipo marcan diferencias fundamentales entre el varón y la mujer, respectivamente, en su ingreso a la “civilización”. Predominó el varón en éste desarrollo milenario, quizá, como prioritaria necesidad que permitió el desarrollo de los aspectos científicos y técnicos.

Sin embargo la irresoluble perversión no sublimada y la ambigüedad sexual del varón que posee la decisión final en éste esquema, donde el varón sigue siendo la ley, nos precipita a un desencajamiento que hace retroceder lo “bueno” y aumentar lo “malo” de la comunidad global que afectaría lo local de cada área mundial. Son las mujeres, precisamente desde mi punto de vista la alternativa única para revertir ésta tendencia, dado que lo masculino represor no permitió desde el principio de la historia la participación de lo femenino. Hoy por razones que han desbordado la “capacidad” de lo masculino se produce la fisura en el muro implantado contra la mujer y posiblemente estemos en el momento histórico para que enfrenten al verdadero contrincante. Pero es mi lectura de la “cosa”, sin pretender convencer atento que es una elección en los múltiples caminos a seguir. La naturaleza no es amoral ni moral. Lo moral, lo ético es una imposición del encéfalo. La imposición se impone. Imponer es poder.

Con el poder se derrota el sistema genocida, con más poder que el del sistema genocida. Siempre es una elección si se presenta la oportunidad, la conveniencia y la interpretación. Siempre sería prevalente la elección y la decisión. Es un hecho de poder; seguir así en ésta línea o la mujer intenta otra vía, pero de intentarlo debe derrotar al varón. No tomar el poder le significa, a la mujer, proseguir en el enredo “leguleyo” del varón que abrumba con “avances” y elocuencia sobre informes y programas de desarrollo

humano. ¿Que serían en realidad estas “disposiciones”, producto del sistema masculino? Papeles “pintados”. No se pretende emitir un juicio de valor, sólo describir desde mi punto de vista. Lo real indicaría que es un juego de “poder” y el problema, en definitiva, es de la mujer.

Buenos Aires
Argentina
1 de diciembre de 2009
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (2)

En el curso de la evolución de la civilización patriarcal, tenemos la oportunidad de percibir cuales son las “virtudes humanas” que han dado lugar a tantos descubrimientos científicos a lo largo de la historia. Genéricamente hablando la civilización del varón, se encuentra en la etapa más avanzada de la evolución; fundamentalmente, a partir de la adquisición del lenguaje y de una visión más detallada del mundo externo y de su mundo interior a través del psicoanálisis (Freud). Todo esto, sumado a su capacidad imaginativa, ha dado lugar a los grandes descubrimientos y teorías emitidas por la civilización patriarcal desde hace más de 300 años, pero ajustándose a una estricta ética que repudia e invalida a la mujer; es decir la mitad, como mínimo, de la sociedad, en todos los tiempos. Mujer como ser irrelevante, para la civilización del varón, cunde, por donde se mire. Y cuanto más y mejor se mire, se verá que se multiplican los escenarios donde ella irrumpe, la desconsideración de la mujer y la propia y encubierta subestimación, femenina, se complementan necesariamente, y enlazadas, ellas acentúan las sombras que oscurecen el panorama social de nuestro tiempo. La moral de la civilización del varón en la instancia de su superyo,

como heredera de la influencia paterna adscribe importantísimas funciones que encontramos en el sadismo masculino al reflejarse en la obligada imposición sobre la mujer a un rol pasivo masoquista. Todo castigo es, en el fondo, la castración, y como tal, el cumplimiento de la antigua actitud pasiva con respecto al padre. El destino es tan sólo, en último término, una ulterior proyección del padre. Es así que en la civilización patriarcal preexiste la ambigüedad sexual sádico – masoquista particularmente intensa sometiendo a la mujer y satisfaciendo su perversión transformándola en un ser pasivo – masoquista; satisfacción del deseo masculino y al mismo tiempo una satisfacción masoquista de la mujer, siendo para el varón una satisfacción del impulso punitivo, es decir, una satisfacción sádica. En una simbolización más “depurada” de la horda primordial; Dios padre expulsa del paraíso al varón por “culpa” de la mujer, pero ahora en la civilización patriarcal, Dios padre masculino, “expulsa” a la mujer de la civilización en su rol de culpable y castigo por la pérdida del paraíso. Ésta situación donde lo único que podemos imaginar es que los “académicos” adquieren sobre el “común” una influencia más fuerte, utilizada para “dominar” aspectos que incumben a la personalidad. Es ciertamente, muy digno de tenerse en cuenta la indicación sobre la influencia de los “académicos”. Tal influencia existe, desde luego y desempeña en el “común” un papel muy importante, pero distinto en absoluto del que desempeña el psicoanálisis (Freud). No sería difícil, en este caso demostrar que se trata de situaciones diferentes. Así en éste caso cuando el varón perverso sufre de un sentimiento tal, como que se le imputara un crimen, no le aconsejamos que se sobreponga o se justifique. Lo que hace el psicoanálisis (Freud) es advertirle que la situación reposa en una sensación tan intensa y resistente que ha de hallarse basado en algo real, que quizá pueda ser descubierto. La civilización del varón, presenta como un dogma su poder patriarcal derivado de la penosa sensación de impotencia experimentada. En cuanto a la equivalencia del falo, se sugiere, que el punto de

vista del hombre no es lo mismo que el de la mujer, dejando así pensar que la femineidad velada/develada/castrada sólo es figura de la verdad para el varón. Éste sería el dueño de la verdad tan sólo desde ese punto de vista. “La castración de la mujer” es una de las fantasías centrales de los niños.

El macho sigue siendo la ley, con su tarea sobre las mujeres, sometidas, mutiladas, masacradas, dominadas, humilladas, violadas, golpeadas, asesinadas en manos de sus parejas y/o de sus violadores, prostitutas, lapidadas, maltratadas psíquicamente, etc. etc. etc.

Buenos Aires
Argentina
26 de abril de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (3)

El “recorrido” de la niña y el niño en las etapas o fases del complejo de Edipo, no diferencia lo masculino de lo femenino en su relación con la madre; objeto sexual incomparable. En estas instancias la niña con la percepción del pene en el varón permite en ella la esperanza del crecimiento del clítoris, sin embargo la realidad le indica, en el paso del tiempo, lo que la diferencia del varón. Diferencia irreductible; no será poseedora del pene que ostenta el niño y así inevitablemente castrada o mutilada deriva en un rechazo profundo contra la madre; responsable de la falta, de ese atributo, inclinándola hacia el padre como poseedor del pene, que en su imaginario podría tener y que en el desarrollo de la civilización patriarcal reemplazará a su vez con sus propias hijas e hijos.

El varón en ese periodo, percibe a la mutilada niña, como una severa advertencia de lo real de la castración y ese horror temeroso

primordial lo enfrenta ante la figura del páter – patriarca como efectiva disuasión, abandonando su objeto sexual primordial, la madre. Estas alternancias de proyecciones e identificaciones alimentan el imaginario de la diferencia, la inferioridad y lo inferior que “coagula” sobre la niña – mujer. Esta circularidad no nos impedirá relacionar la profundidad de la irresoluble situación del patriarca, lo confuso e indescifrable para su concepción de lo real. Lo femenino, la mujer, la madre sería el centro y diversidad de lo excelso y lo repudiable en tanto generadora del varón fálico y de la niña mutilada o castrada, determinativo de su ambigüedad sexual. Es justamente, éste proceso por el que el varón queda atrapado en su irresoluble perversión y ambigüedad sexual. La situación de la niña – mujer la imposibilita de padecer éste proceso y no lo es posible tampoco “convertirse” en una perversa irresoluble y una ambigua sexual en el sentido que presenta el varón fálico. Lo anatómico, es director irreversible.

Percibir, considerar y estar pendientes de éste proceso en lo infantil, con la finalidad de resolver éste desencadenamiento del varón es prioritariamente lo educativo y sólo lo podría materializar el real poder de lo femenino; la mujer.

Otras alternativas de “negociación” con el varón entrarían en el terreno de la ilusión o más bien, de la alucinación. Con el poder que somete, no se debe negociar. Negociar con el varón actual, sería para el feminismo el cese de una activa percepción y de la conciencia normal de la vida, en el área donde aprecian los sentimientos, deseos, intereses y actos del patriarcado.

Buenos Aires
Argentina
1 de julio de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (4)

La cultura patriarcal imperante para defenderse de los inevitables cambios y movimientos de los sectores estereotipados y cristalizados, se vale del poder que controla las herramientas comunicacionales que ayudan y mantienen el statu quo: La irresoluble perversión no sublimada y la ambigüedad sexual del varón que posee la decisión final en éste esquema, donde el macho sigue siendo la ley. El cambio está en la educación, pero se nos presenta el hecho de que la misma está inserta en el desarrollo de cada civilización y ahí entramos en la "cultura". "Cultura" se interpreta desde el sacrificio humano para satisfacer a los "dioses", la patria potestad que permitía al "varón" hasta matar a un hijo, cercenar el clítoris de las niñas (como se practica aún en numerosos lugares del planeta) y así recorreríamos este trazado "cultural" con otros ejemplos. Es el hecho del poder. Ahí se presenta el "asunto", como tener el poder para educar y que "los varones cambien la cabeza". "Sin eso nada sirve". No es pretender el matriarcado, sino una genuina igualdad pero no con las pautas que impuso el varón. Quiénes fueron educados y formados para ser represores presentan un problema insalvable, y ahí es donde deberíamos plantearnos, sin ocultarnos, las consecuencias de proseguir sin cambiar las pautas culturales. Si la mujer no interviene activamente en éste momento histórico, no tendremos futuro. El varón seguirá siendo un represor. El "varón" represor no permitió desde el principio de la historia la participación de la mujer. La mujer ha sido y es un objeto y una mercancía para el varón. Desde el jeque hasta el "varón" más indigente de una favela o villa miseria el comportamiento es idéntico en la utilización del "poder"; sin considerar a la mujer como persona. Es un hecho "cultural". Los perversos con poder, desde un emirato hasta el área de los indigentes, hacen víctimas a quienes son "atrapados" por las "creencias indiscutibles". La necesidad de los hombres de controlar a las mujeres ha sido tal, que le ha llevado desde los tiempos antiguos a privarlas de sus valores más fundamentales. La historia

de las mujeres, es decir, de más de la mitad de la humanidad, apenas aparece esbozada en los libros de texto. Durante siglos ha sido silenciada y tan sólo en algunos casos aparecen personajes femeninos rodeados de un halo de misterio. La cultura masculina ha tiranizado las relaciones entre géneros imponiendo su autoridad en todos los ámbitos: sociales, religiosos, políticos y culturales. De ahí que aún hoy día la mujer sufra una constante discriminación que sigue negando la igualdad de derechos con respecto a los hombres. La tortura de mujeres, tanto en el ámbito doméstico como en el institucional, es una práctica cotidiana.

Buenos Aires
Argentina
4 de agosto de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (5)

La regresión permanente de la civilización patriarcal sería la representación de aquellas imágenes sensibles que descompone el “material “de las que nació con anterioridad.

Las diversas “modalidades” de adaptación del patriarcado en el transcurso de la historia; animismo, religión y científica serían modificaciones que las hacen más o menos transitables o intransitables para el curso de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual, que caracteriza las fases edípicas del varón en su repudio a la mujer castrada de “origen”.

“Disimula” el varón su temor a ser castrado con las argumentaciones, dogmas y “explicaciones” filosóficas que conforman el sendero libre para el ejercicio regresivo que le permite ocupar el nivel significativo de ser la Ley.

Ésta regresión es una de las más importantes peculiaridades

psicológicas del “proceso” de la “civilización” patriarcal, que corresponde dentro de su aparato psíquico, desde cualquier acto complejo de representaciones culturales a través de milenios al material bruto de las huellas mnémicas, que reaviva constantemente las imágenes de percepción en las que se halla basado su repudio y desprecio a la mujer castrada de “origen”.

La “elaboración” de la civilización patriarcal llevada a cabo en milenios, es una transmutación de todos los valores psíquicos edipicos despojándolos de su intensidad transfiriendo sus representaciones a otras innumerables.

Considerar la “cambiante” conducta y carácter patriarcal, constituiría un reconocimiento en dirección progresiva a sucesivas alucinaciones; esto es, son “ideas” transformadas en imágenes que corresponden, efectivamente, a regresiones: ideas “originales” de la castración en imagen de la mujer castrada, repudiada y despreciada en su reconocimiento genocida, abuso sexual, pedofilia, femicidio. Suprimir la castración, sería suprimir las “castradas”. Deseo del varón que se potenciaría en cada percepción de la mujer.

La “reparación” de la percepción, de la castrada, es la realización del deseo de superioridad masculino.

Carga psíquica completa de la percepción; estado primitivo del aparato psíquico en el que éste sendero sea recorrido de tal forma que el deseo, mencionado, culmine en una “alucinación”. La satisfacción del perverso irresoluble y ambiguo sexual, no se verifica y la necesidad perdura haciendo equivalente constantemente la carga interior a exterior como una psicosis alucinatoria, que agota su función psíquica en la “conservación” del objeto deseado como castrado.

El acto de pensar del varón, no sería otra cosa que la sustitución del deseo alucinatorio de su fálica superioridad. Resulta pues, perfectamente “lógico” ésta modificación del proceso psíquico “acostumbrado” en la civilización patriarcal, durante milenios, que hace posible la “vitalidad” en una dirección ideológica de la moral,

ética y valores que impone la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón.

Buenos Aires
Argentina
10 de agosto de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (6)

Regular la prostitución, es nada más y nada menos que legitimar directamente y aceptar un modelo de relaciones asimétricas entre hombres y mujeres: sistema de subordinación y dominación de las mujeres, anulando la dura labor del feminismo de varios decenios, para mejorar la lucha contra la civilización patriarcal. Legitimar la prostitución se convierte en un soporte más del control patriarcal y de la sujeción sexual de las mujeres; efecto negativo sobre las mujeres y las niñas que están en la prostitución, y sobre el conjunto de las mujeres como grupo. La prostitución reafirma y consolida las definiciones patriarcales de las mujeres, cuya función sería la de estar al servicio sexual de los hombres y así educar a nuestros hijos e hijas con mujeres tras los escaparates como mercancías como futuro laboral de nuestras hijas. El patriarcado exige reglamentar la prostitución y así integrarla a la economía de mercado, siendo una alternativa aceptable para las mujeres: siendo ocioso remover las causas y las “costumbres” sociales que aceptan que las mujeres deben ser prostituidas, normalizando la prostitución para las pobres.

La libertad sexual del varón le permite utilizar la prostitución en su ejercicio de poder y sumisión sobre la “cosa”, con la que no tienen que tener ninguna consideración al pagar, porque está a su servicio, cómo objeto de su consumo. La ambigüedad sexual de

la civilización patriarcal en las relaciones “sociales y personales”, para no experimentar el perder poder, está imposibilitada de crear relaciones de reciprocidad y respeto. El patriarcado en la prostitución, persigue una experiencia de total dominio y control. En realidad el patriarcado perverso e irresoluble, padece severos y graves problemas con su sexualidad. La “pretensión” del patriarcado se “enanca” en los argumentos de los “movimientos” igualitarios masculinos. Su finalidad se reconoce, para un psicoanalítico, en el sentido de condensar y desplazar la realidad de la irresoluble perversión del varón haciéndolo no reconocible. La función de los “movimientos” igualitarios masculinos, es así ordenar los componentes del patriarcado para formar una totalidad en su discurso impuesto, como dueño del lenguaje. Así se recibe la ley del varón en ésta especie de fachada, que de todos modos no cubre por completo el contenido, y sufre al mismo tiempo una primera interpretación provisional, que es apoyada por interrelaciones y ligeras variantes. Ésta elaboración del discurso patriarcal, derivado, deja subsistir todos sus enigmas y arbitrariedades, y no proporciona más que una equivocada inteligencia de la irresoluble perversión del varón, siendo necesario prescindir de ésta tentativa de interpretación de los “movimientos” igualitarios masculinos, que deja transparentar mejor que ninguna otra su motivación, que es el intento de que la ideología patriarcal resulte comprensible para el objeto o cosa; mujer. El descubrimiento de esta motivación de la civilización del varón, nos revela la procedencia de la actividad a que la misma da origen, la cual se conduce con el contenido de la Ley del varón dado y pretendido, como nuestra actividad psíquica “normal” que con cualquier contenido de una percepción que se sitúe ante ella “legalizaría” el abuso, la violación, la prostitución. Éste dominio de la actividad psíquica acoge dicho contenido, empleando las determinantes representativas previas de la historia de la civilización patriarcal y lo ordena ya, al percibirlo entre las hipótesis “comprensibles”. Más, al hacerlo así, el patriarcado está

falsificando los hechos cuando no puede situarlo al lado de algo conocido como la real situación de lo femenino. No es posible contemplar lo “extraño” del discurso de los “movimientos” igualitarios masculinos, sin falsear primero su percepción, situada al lado de algo que nos es conocido, como ser la condición esclava de la mujer.

Buenos Aires
Argentina
30 de agosto de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (7)

Para que lo femenino pueda modificar la civilización patriarcal, es necesario aquilatar la acumulación de la gran cantidad de “experiencia” en sus sistemas mnémicos y la diversa fijación de las relaciones provocadas en éste material mnémico, por distintas adaptaciones, en el transcurso de milenios por las sucesivas generaciones del varón; irresoluble perverso y ambiguo sexual. La “habilidad” del patriarca dominador dispone “libremente”, por la ley del varón, de todo el material económico y cultural para “enviarlo”, como gasto inútil en las diversas infraestructuras a su arbitrio de la educación, la salud, la política, etc., que disminuye el potencial de lo femenino para su transformación. El patriarcado consigue, como sistema, mantener en quietud la mayor parte de la reivindicación femenina y emplea una pequeña parte, de la misma, para emplearla en el desplazamiento de su enredo leguleyo. Lo femenino al volver sus ojos a las opiniones del patriarca, antes de Freud, percibe que utilizaba su carácter “racional” con la explicación de que lo psíquico era precisamente, lo consciente de su moral, ética y derecho ecuménico patriarcal, y que los procesos psíquicos

inconscientes constituían un contrasentido evidente, quedando así “excluido”, el varón, de las observaciones que se podían efectuar de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual.

Lo femenino y el psicoanálisis (Freud) sólo se encuentran cuando ambos reconocen que los procesos psíquicos inconscientes constituyen la expresión adecuada y perfectamente justificada de un hecho incontrovertible en el proceso edípico; *El varón en ese periodo, percibe a la mutilada niña, como una severa advertencia de lo real de la castración y ese horror temeroso primordial lo enfrenta ante la figura del páter – patriarca como efectiva disuasión, abandonando su objeto sexual primordial, la madre. Estas alternancias de proyecciones e identificaciones alimentan el imaginario de la diferencia, la inferioridad y lo inferior que “coagula” sobre la niña – mujer. Esta circularidad no nos impedirá relacionar la profundidad de la irresoluble situación del patriarca, lo confuso e indescifrable para su concepción de lo real. El feminismo, no puede sino rechazar la afirmación de que el patriarcado es el carácter imprescindible de la moral, ética y derecho de lo civilizado, que a diferencia del pasado ecuménico y dogmático bastante fuerte, hacía suponer que no tratan el mismo objeto al ejercer la mujer sometida y descalificada, otra función que satisfacer la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón.

Después de las notas (1) a (6), nos hallaríamos inclinados a considerarlas como un análisis del proceso psíquico prevalente de la imposición patriarcal, sin precedente alguno, al considerar que lo femenino en ésta cuestión del poder debe derrotar al varón. De éste modo, recae ahora sobre la elaboración de la irresoluble perversión del varón, la extrañeza que sabrá despertar en la metodología patriarcal.

De toda una serie de procesos sociales a los que debe atribuirse la “formación” de la ley del varón y de su imposición económica, educativa y elaboración del patriarcado en su concepción de lo femenino como objeto de uso, es lo primero a cuyo conocimiento

nos ha sido dado llegar, donde la “sutileza” de lo moral y ético son caracteres que nunca faltan en estos procesos “ecuménicos”. Si de nuestras investigaciones resultase la posibilidad de incluir los fenómenos sociales entre aquellos que deben su origen a la ambigüedad sexual del varón, tanto más importante sería considerar las condiciones esenciales del proceso edípico donde; *”Lo femenino, la mujer, la madre sería el centro y diversidad de lo excelso y lo repudiable en tanto generadora del varón fálico y de la niña mutilada o castrada, determinativo de su ambigüedad sexual. Es justamente, éste proceso por el que el varón queda atrapado en su irresoluble perversión y ambigüedad sexual. La situación de la niña – mujer la imposibilita de padecer éste proceso y no lo es posible tampoco “convertirse” en una perversa irresoluble y una ambigua sexual en el sentido que presenta el varón fálico. Lo anatómico, es director irreversible”.

Buenos Aires
Argentina
01 de septiembre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (8)

La objeción principal contra mi teoría de una irresoluble perversión del varón será, quizá, la de que tal conducta masculina, tan frecuente, sería un exagerado error siendo en realidad, el varón, “destinatario” de una actitud “ejecutiva” socialmente aceptada. Así, pues, su aparición en los casos de ejercer sometimiento, abuso, violación, femicidio, etc., no probarían su cualidad perversa. A esta objeción he de responder, en primer lugar, que dada la extraordinaria frecuencia reconocida de la civilización patriarcal, en la resolución de “conflictos” y especialmente a través de

una evolucionada destrucción del oponente, no era de esperar el descubrimiento de un factor que sólo raras veces se diese; en segundo, que el hecho de descubrirse en una investigación etiológica el factor etiológico con mayor frecuencia que su efecto, constituye precisamente el cumplimiento de un postulado de patología, ya que para que dicho efecto se produzca pueden ser precisas otras condiciones – propensión, agregación de la etiología específica, apoyo de otras influencias inocuas de por sí – y por último que la detallada “clasificación” de casos de pederastias, violadores, etc., a la emergencia de la perversión del varón demuestra inequívocamente su irresolución y ambigüedad sexual. Sabemos muy bien que con la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, no he descubierto nada nuevo, sino algo conocido incluso por la cultura escolástica; pero esta última ha hecho como si lo ignorase, evitándose deducir con ello conclusión alguna.

La situación del proceso edípico del varón y la consecuencia del real temor a la castración con un enlace al “repudio” recaído sobre la mujer, como objeto desvalorizado “sufre” las alternativas de la represión de estos sucesos infantiles. Se impone así en la constitución de estos recuerdos infantiles un particular orden donde hay dos fuerzas psíquicas; una de las cuales se basa en la importancia del suceso para querer “efectivizar” la acción sobre el objeto repudiado: lo femenino, mientras que la otra – una resistencia – se opone a tal propósito. Estas dos fuerzas opuestas no se destruyen, ni llegaría tampoco a suceder que uno de los motivos venza al otro – con pérdidas por su parte o sin ellas --, sino que se origina un efecto de transacción.

La transacción consiste aquí en que la imagen mnémica no es suministrada por el suceso de referencia de la infancia – en éste punto vence la resistencia --, pero sí, en cambio, por un elemento psíquico íntimamente enlazado a él por asociación, circunstancia en la que se muestra el poderío de las impresiones importantes de la infancia. Así pues, el conflicto edípico, del repudio a lo femenino

se resuelve constituyéndose en lugar de la situación originalmente “justificada” una distinta, producto de un “desplazamiento asociativo”.

Esta conducta tiene un profundo fundamento, consistente en una especie de horror a la perversión irresoluble de la civilización patriarcal o en una reacción contra tentativas de aclaración, que se consideran ya “superadas”. De todos modos, al emprender la tentativa de hacer verosímil a los varones, algo que ellos hubieran podido descubrir por si mismos sin gran trabajo, era de esperar tropezarse con una vigorosa resistencia. Esta vía de descarga adquiere así la importantísima función secundaria de la comprensión – comunicación con el prójimo – y la indefensión original del ser humano conviertese así en la fuente primordial de todas las “motivaciones morales” del patriarcado.

Buenos Aires
Argentina
14 de octubre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (9)

La moral y ética del patriarcado son interpretables cuando las reemplazamos por la estructurada e irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, susceptibles de ser interpoladas en las áreas determinadas y conocidas de la continuidad dominante de su civilización. En mi *Femeninología* Nota 3, expuse ya como llegamos a encontrarnos con el * “proceso por el que el varón queda atrapado en su irresoluble perversión y ambigüedad sexual. La situación de la niña – mujer - la imposibilita de padecer éste proceso y no lo es posible tampoco “convertirse” en una perversa irresoluble y una ambigua sexual en el sentido que presenta el varón

fálico. Lo anatómico, es director irreversible. Aprendimos a traducir directamente el lenguaje impuesto por el patriarcado y actualmente puedo afirmar que tal conocimiento es indispensable para el feminismo, pues el lenguaje patriarcal nos muestra el camino por el que puede llegar a comprenderse aquel material psíquico que, a causa de la hipócrita perversión del varón, ha quedado reprimido y confinado fuera del alcance de la mujer. Es decir la moral y la ética patriarcal son los rodeos que permiten aplicar la devastadora situación que padece la mujer. Tendencia del patriarcado a la supresión del carácter feminista, retrotrayéndola al estado psíquico en el cual habría surgido el horror a la castración, su repugnancia y desprecio a la mujer no poseedora del falo; es decir del “poder”. En situaciones como las jornadas, encuentros, seminarios, etc., feministas emergen en el patriarcado intensas manifestaciones afectivas de altísima agresividad que se dispersarían evitando su reaparición, si aceptamos los “principios” machistas. *”Percibir, considerar y estar pendientes de éste proceso en lo infantil, con la finalidad de resolver éste desencadenamiento del varón es prioritariamente lo educativo y sólo lo podría materializar el real poder de lo femenino; la mujer”.

Es auspiciosa e imprescindible la tarea de la mujer en la educación y salud de la niña y el niño, impensable para el patriarcado perverso y ecuménico hasta época reciente. Debemos exponer con claridad que el patriarca es esencialmente un hipócrita abusador que impone, y controla los aspectos sociales, educativos, costumbres, modos, desarrollo, etc., de la civilización. El poder absoluto de la mujer sobre lo infantil educativo, es de “absoluta” prioridad. * “Otras alternativas de “negociación” con el varón entrarían en el terreno de la ilusión o más bien, de la alucinación. Con el poder que somete, no se debe negociar. Negociar con el varón actual, sería para el feminismo el cese de una activa percepción y de la conciencia normal de la vida, en el área donde arrecian los sentimientos, deseos, intereses y actos del patriarcado”. Para un psicoanalítico, el tema es

la sexualidad y lo femenino debería establecerse en una estrategia, con la finalidad de tomar el poder y el “control” de la actual “educación” patriarcal, que se fundamenta en una metodología agresiva que nos tiene como víctimas y en especial a las mujeres. Educación patriarcal que estuvo está y proseguirá “encapsulada” en la regresión a las fijaciones de aquellas fases anteriores al complejo de Edipo y en su agresivo desarrollo posterior, en una repetición alternante de periodos en los que predominan la “masculinidad” o la “feminidad”. La bisexualidad. Hemos dado el nombre de libido a la fuerza motriz de la vida sexual. En la civilización patriarcal ésta vida sexual es regida por la polarización de lo masculino y lo femenino; habremos, pues, de examinar la relación de la libido con tal antítesis. No nos sorprenderá hallar que a cada sexualidad correspondía su libido particular, de manera que una clase de libido perseguiría los fines de la sexualidad “masculina” y otra los de la “femenina”. Pero nada de esto sucede. No hay más que una libido que es puesta al servicio tanto de la función “masculina” como de la “femenina”. Y no podemos atribuirle un sexo, donde – teleológicamente pensado – puede tener su razón en que la consecución del fin biológico ha sido confiada a la agresión del “varón” y hecha independiente del consentimiento de la mujer. Es inevitable que en el “terreno” patriarcal las mujeres evidencian su inferioridad. Pero es lo que “tenemos”. Lo que puedan “lograr”, será a “gusto” del patriarca, no tendrían otra salida. En éste camino, lo significativo no sería el transitorio resultado, sino permanecer y utilizar ese “terreno”, evidenciando la constante metodología perversa del patriarcado permaneciendo en su “territorio”. Debemos persistir, esperar atentos probablemente siglos; recién estaríamos balbuceando, frente a una solida civilización que somete a más del 50% de lo denominado humano. El rol que jugamos en esta “historia”, podría acercarse a la gestación de la segunda rebelión contra la “horda” primordial patriarcal, como “misión” de los varones, en el convencimiento de no usufructuar los “privilegios” del patriarcado

Buenos Aires
Argentina
30 de octubre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (10)

Al abarcar lo histórico, las costumbres, lo económico, la educación, la vida misma, la salud, la guerra, la religión, la muerte, etc., se “exhibe” la firmeza del patriarcado. La realidad del patriarcado, sería el sometimiento, el abuso, la violación y la muerte de la mujer; más de la mitad de la población mundial. Enfrentada en su soledad a esta verdad y realidad, la mujer padecería, soportaría y sufriría una persistente contradicción en su existencia ¿Cómo admitir que el patriarcado es el padre, el hermano, el compañero, el dirigente, el ecuménico, etc., y que en esta regla no habría excepción? ¿Sería abrir la caja de pandora? (En Teogonía, el poeta la presenta como la primera de entre las mujeres, que en sí mismas traen el mal y según Graves, se estaría ante la precursora griega de la Eva bíblica, puesto que Pandora es quien, como aquélla, trae la desgracia a la humanidad)

Recomendaciones, informes, seminarios, congresos, exhortaciones, convenciones, reglamentaciones, etc., internacionales y locales traslucen una patriarcal hipocresía, pero es el terreno en que las mujeres solas deben actuar, que nos permitiría considerar que cuando queremos formarnos una idea de la causación de la civilización patriarcal, emprenderemos primero una observación anamnesica, interrogándonos a que influencias atribuimos lo emergente de ella. Lo que así averiguamos surge, naturalmente, para el propio patriarcado, falseado por todos aquellos factores que suelen encubrir el conocimiento de la situación, es decir, por su falta de comprensión científica de las influencias patriarcales,

por la falsa conclusión y por lo desagradable de que “recordemos” sucesos sistemáticamente genocidas.

Deberíamos observar, por tanto, en ésta investigación anamnesica la conducta de no aceptar las “opiniones” del patriarca sometiéndolas a un examen crítico, no consintiendo que los varones desvíen nuestra opinión sobre la civilización del varón. Reconocemos, desde luego, la “verdad” de ciertos “pronunciamientos”, que retornan constantemente en las manifestaciones de los varones, tales como el que su estado histórico es una prolongada consecuencia de un mandato machista pretérito; pero por otro lado, hemos introducido un factor que el varón evita mencionar y sólo a disgusto acepta; su disposición a considerar lo femenino como inferior y despreciable. Desde la horda primitiva el “recorrido” cultural acumula, sin solución de continuidad en lo mental, la totalidad de lo experimentado en milenios; animismo, religión y ciencia. Sería así, que éste predominio, simultaneo, de animismo, religión y ciencia se “difunde” en las “variaciones” culturales desde oriente a occidente y viceversa. En ésta “mezcla”, se retrocede constantemente a las etapas animista y religiosa del patriarcado, con el “aprovechamiento” de lo científico – técnico.

La ciencia no contendría lo moral ni lo ético y es lo que utiliza el patriarca, en sus regresiones religiosas y animistas para afirmarse como el amo de la horda contemporánea, sin desvíos de su libido por la senda de la perversión. Deberíamos tomar la totalidad del discurso patriarcal y utilizarlo con todos los enfoques del feminismo como evidencia de los “trucos” e hipocresía de quienes ejercen y son dueños del poder.

Buenos Aires
Argentina
3 de noviembre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Femininologia
Lo femenino es el camino
femininologia@yahoo.com.ar

Nota (11)

Lo que debería alertarnos permanente y constantemente, sería no caer en la finalidad que persigue el patriarca de debatir partes o sectores de su discurso homogéneo sin fisuras. El patriarcado es el amo. Amo que condiciona presente y futuro de lo femenino. La “habilidad” del patriarca, dueño del lenguaje y pensamiento femenino traslada el debate de sus “realizaciones” a la ciudadanía. Habilidad del patriarcado en su perverso accionar controlador de los organismos formales, que provoca una especial maquinación donde su discurso de efectiva consistencia, es “desgranado” y lo “tira” desunido para que se haga cargo el feminismo. El patriarcado acciona, ejecuta y crea un ensamble de víctimas y victimarios en un discurso coherente, que luego desensambla y lo tira parcializado al feminismo para el enredo “leguleyo”, con el fin de lograr enfrentamientos contradictorios. El patriarcado no dejará de imponer sus “reglas” y así que no podamos reconocer la peculiaridad ni la selección de elementos emergentes en su compacta ideología, que se adapta a las primaveras democráticas conformando nuevas y útiles unidades como la constitución de elementos comunes intermedios para perfeccionar su poder. Esta finalidad unificadora establece una singular relación entre la perversión irresoluble y ambigüedad sexual del varón, y el contenido de las leyes del parlamento patriarcal. Ésta labor “unificadora” del patriarcado se hace más que nunca evidente cuando toma en su discurso los objetos y las palabras a través del tiempo como creaciones de formaciones verbales singularísimas y a veces cómicas, pero lamentablemente trágicas. Deberíamos tomar la totalidad del discurso patriarcal y no enfrentarnos, entre nosotros, con sus parcialidades, todo lo contrario utilizarlo con todos los enfoques del feminismo como evidencia de los “trucos” e hipocresía de quienes ejercen y son dueños del poder para desmantelarnos.

*Es inevitable que en el “terreno” patriarcal las mujeres evidencian su inferioridad. Pero es lo que “tenemos”. Lo que puedan “lograr”,

será a “gusto” del patriarca, no tendrían otra salida. En éste camino, lo significativo no sería el transitorio resultado, sino permanecer y utilizar ese “terreno”, evidenciando la constante metodología perversa del patriarcado permaneciendo en su “territorio”. Debemos persistir, esperar atentos probablemente siglos; recién estaríamos balbuceando, frente a una solida civilización que somete a más del 50% de lo denominado humano. El rol que jugamos en esta “historia”, podría acercarse a la gestación de la segunda rebelión contra la “horda” primordial patriarcal, como “misión” de los varones, en el convencimiento de no usufructuar los “privilegios” del patriarcado

Las mujeres militantes soportan y padecen “penosamente” una intolerable tensión en el “terreno” patriarcal que utiliza todos los medios a su alcance y una hipocresía sin límite al pretender – no siendo varones – que deben aceptar o respetar las normas del varón.

Un penoso conflicto que la mujer padecería sería; ¿Cómo admitir que el patriarcado es el padre, el hermano, el compañero, el dirigente, el ecuménico, etc., y que en esta regla no habría excepción?

*Femeninología Nota 9

Buenos Aires
Argentina
6 de noviembre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (12)

He afirmado ya que la ética y la moral de la civilización encubren el accionar de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual, originada en las fases edípicas y me ha sido posible retrotraer la agresión, el sometimiento, el abuso, la violación el femicidio, etc., a la misma

causa ocasional que desarrollamos en la Nota 3. A la influencia de la “excitación” entonces sentida, puede atribuirse fundamentalmente aquella transformación que se inicia en la sexualidad del infantil varón y sustituye la tendencia inicial por la tendencia al miedo a la castración y el repudio a lo femenino castrado, que repite adaptándolo a la “constitución” de su paranoica realidad.

El varón niega sistemáticamente, la fuerza probatoria de tales indicios paranoicos: incluso cuando conservan el recuerdo de los hechos que registra la propia historia de arcángeles, liderazgos, monarquías, eclesiásticos, filosofía patriarcal, tiranías, guerras santas, raza superior, etc., mascaradas que prolongadamente recubren su irresoluble perversión y ambigüedad sexual.

El varón con sus “representaciones” patológicas, creó y crea ramificaciones directas; en su ética y moral; en sus prohibiciones y castigos, en sus se debe hacer esto y no lo otro; etc., con su inalterable advertencia de que no cumplir las reglas del varón es peligroso.

La singular metodología patriarcal, practicada y conocida como “cultura” tiene su punto de partida en la rebelión de la horda primordial arribando al procedimiento “democrático” de tener a su arbitrio, todos los “machos”, el derecho de posesión sobre los objetos – hembras.

Las sucesivas conquistas “culturales” del patriarcado a través de la etapa animista, religiosa y científica no dejaron ni deja de tener como primordial premisa, la inferioridad de lo femenino y reposa en la ampliación del sometimiento en todas las áreas, que “permite” a la mujer ocupar lugares en el ordenamiento del poder, pero cumpliendo el mandato patriarcal.

Tendencia del patriarcado a la supresión del carácter feminista, retrayéndolo al estado psíquico en el cual habrá surgido el horror a la castración, y su repugnancia y su desprecio a la mujer no poseedora del falo; es decir del “poder”. En las situaciones de encuentros feministas, como el de Paraná en octubre de 2010,

emergieron en el patriarcado, intensas manifestaciones afectivas de altísima agresividad que se dispersarían evitando su reaparición, si aceptamos los principios machistas.

Buenos Aires
Argentina
10 de noviembre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (13)

Ofrecer un historial de la civilización patriarcal, acabadamente preciso y sin la menor “laguna”, supondría situarnos desde un principio, en condiciones muy distintas sin el psicoanálisis (Freud). Las crónicas de los críticos de la civilización y la cultura suministrados por el abanico de la “izquierda” a la “derecha”, suelen no procurar sino una imagen muy poco fiel del curso de la perversión del patriarcado. Naturalmente, iniciar una relación de igualdad con la mujer, haciendo que el varón se atenga al historial de la civilización y la de su carácter de sometimiento, y abuso sobre lo femenino, sólo conseguiríamos una afirmación de su lugar en el “universo” como destinatario “divino” y elegido, planteándonos enigmas hasta situarnos ante épocas totalmente oscuras faltas de toda aclaración aprovechable. La incapacidad del patriarcado para desarrollar una exposición ordenada del recorrido de la civilización en cuanto la misma coincide con su irresoluble perversión y ambigüedad sexual, integra una gran importancia teórica para la ciencia de lo femenino.

El varón conscientemente silencia y con toda intención en sus funciones estatúales, religiosas, etc., su desprecio hacia lo femenino, fundándose incluso para ello en impedimentos que aún no han logrado superar; la repugnancia a comunicar su ambigüedad

sexual, que encubre en el sometimiento del travestismo. Tal sería lo que corresponde a su hipócrita insinceridad consciente. Escapa al varón el curso de las fases edípicas que lo tuvo como víctima del proceso cultural impuesto en las alternativas de iniciación machista; un orden siempre que inevitablemente vulnera irreversiblemente al infante, que sucumbe a la represión.

La concepción mitológica del patriarcado, sobre su civilización perdura e impone en lo extraño de lo político, de las religiones, sectas, etc. Mitología del paraíso perdido, del pecado original, del bien y el mal. La diferencia existente entre el desplazamiento del patriarcado y el del paranoico es menos de lo que a primera vista parece. El feminismo es lo que hace que la civilización patriarcal nos aparezca tan fuera de lugar en la actualidad. En la concepción del mundo que se tenía en tiempos y por pueblos prefeministas, la paranoia patriarcal estaba justificada y era “lógica”. El inquisidor observaba a la mujer como mensajera del demonio y tenía una relativa razón de hacerlo así, pues obraba conforme a sus principios. Todo aquel que tenga ocasión de investigar por los medios psicoanalíticos los fundamentos del patriarcado, podrá exponer la “calidad” de los motivos que se manifiestan en la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón.

Irresoluble perversión y ambigüedad sexual que origina impulsos hostiles y crueldad del varón, reprimidos, donde el temor a desgracias futuras y del castigo “divino”.

Sería por tanto, desacertado afirmar que aquellos casos de pertenencia “escolástica”, como guardadores de la ética y la moral se consideran diferentes al irresoluble perverso y ambiguo sexual.

La general disposición de la civilización, a creer en otra distinta explicación de imposición perversa patriarcal carece de toda fuerza probatoria, y no es, naturalmente, más que una manifestación de las mismas fuerzas psíquicas, que han establecido el “misterio” eclesiástico patriarcal y que se cuidan asimismo de mantenerlo, resistiéndose a su “revelación”.

Conociendo la sutil estructura del lenguaje patriarcal, no puede sorprendernos hallar que el deseo del patriarca (padre) ocupe el lugar del varón circunstancial, que supone una tentación para que la mujer no aporte el recuerdo que integra íntimas relaciones con la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón.

Buenos Aires
Argentina
20 de noviembre de 2010
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (14)

La lucha contra las motivaciones del patriarcado es en el control que ejerce, él mismo, en la totalidad del ordenamiento social, el punto débil de cualquier alternativa de “acordar” la mujer con el varón, la igualdad.

Los logros de la mujer como concesión del patriarcado, en la actualidad, es la artimaña interpuesta para no atacar la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón. Disimular simplemente el motivo de su desprecio a lo femenino, por lo menos temporalmente.

La soberbia del patriarca, manifiestamente perversa, no obstante su pretendida “superioridad” fálica, representa la permanencia en un estadio de la inhibición de su desarrollo como regresivo.

El recorrido de los hechos, en la historia de la civilización, nos indica que no es necesario que las distintas significaciones de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual, sean compatibles entre sí: es decir, que se complementen formando un todo unitario. Basta que tal unidad resulte, de ser un solo y mismo tema el que ha dado origen a las distintas actitudes; desde la rebelión de la horda

primitiva, el derecho de pernada, la inquisición, etc.

La irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón integra simultáneamente varios sentidos en oriente y occidente; en el jeque, en la favela, en la villa miseria, etc., expresando sucesivamente varias significaciones. Puede cambiar por otro, en el transcurso de los años, uno de sus sentidos, incluso el fundamental de la ciencia que consideraba inferior a la mujer fundamentándolo en una menor masa cerebral, a un “reconocimiento” actual de no considerarla idiota, haciendo una transferencia de un sentido al otro.

Hallamos en la civilización patriarcal un rasgo conservador en cuanto a la irresoluble perversión y ambigüedad sexual, que una vez constituida, tiende a perdurar aunque la idea inconsciente que halló en ello su expresión, haya perdido su significación primaria.

En la constitución de la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, la transferencia de la excitación puramente psíquica de las fases edípicas a lo somático, como conversión, se halla ligada a condiciones favorables que privilegian el rol masculino activo y el femenino pasivo.

Es así que al patriarcado simulador, con el manifiesto deseo de “igualdad”, se le hace mucho más fácil constituir relaciones asociativas entre las “nuevas ideas igualitarias” y por éste camino abierto fluye la excitación procedente de la “nueva fuente” de estímulo hasta la antigua salida, desde donde parte la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, que permanece irreductible.

Resolver la parte psíquica es lo más importante y es posible; si el poder, la prevención y educación, queda en manos de lo femenino, para así impedir en las fases edípicas la conversión del varón a la irresoluble perversión y ambigüedad sexual.

Buenos Aires

Argentina

25 de noviembre de 2010

Femeninología

Lo femenino es el camino

femeninologia@yahoo.com.ar

Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (15)

Ésta condición de la historia de la civilización patriarcal, relativa a la perversión que la caracteriza, es la correlación necesaria teóricamente exigida de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual.

El discurso de la acción feminológica, de mi ciencia de lo femenino (Femeninología), expone al varón frente a aquello que ha silenciado en el pasado; el fundamento agresivo que encubre con su hipócrita moral y ética patriarcal, que se demuestran insostenibles en el presente. Se ofrece hoy a nuestra vista, con la ciencia de lo femenino (Femeninología), un historial consecuente, inteligible y sin solución de continuidad de irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón. La finalidad está en obtener el poder, por parte de la mujer, suprimiendo todos los “procedimientos” posibles, y sustituirlos por una real y efectiva igualdad resolviendo el carácter preventivo y la educación del infante. De la naturaleza misma del material de la Femeninología, resulta que en la historia del patriarcado deberemos dedicar tanta atención a las circunstancias de lo denominado “humano” y social del varón, como a su patológica aversión hacia lo femenino.

La conducta del patriarcado, de directa agresión hacia lo femenino, se encubre actualmente con las “tentativas” de adaptación social en las áreas de relación privada y pública. En consecuencia, si no queremos caer en el “truco” del perverso, habremos de retroceder hasta el desarrollo del infante varón en sus fases edípicas para buscar en ellas influjos e impresiones que puedan haber ejercido acción análoga a la de un trauma, que es un retroceso tanto más obligado, cuanto, que, incluso en la experiencia que nos da de ser su sintomatología perversa condición de adulto varón, debemos

impulsar hasta dicha época temprana la historia del perverso irresoluble y ambiguo sexual. El feminismo en época reciente, recién, puede enfrentar aquello que le estaba vedado y ni siquiera insinuar ¿Acaso la pedofilia, el abuso, la violación no ha sido y es consentida por los estamentos ecuménicos del poder patriarcal en absolutamente todas las áreas de lo social? ¿Quién se atrevía a cuestionar el poder ecuménico en su acostumbrado abuso sexual? El patriarcado enarbola la insignia de la libertad sexual mediante su cobijo de la prostitución en la actualidad. ¿Acaso lo ecuménico con el mismo fervor de defender la vida, atacando el derecho exclusivo e intrínseco de la mujer a abortar, se pronuncia con la misma fuerza contra la prostitución? No, es imposible que lo haga, pues lo esencial de lo ecuménico es satisfacer la perversión del patriarcado. La civilización en el pasado y en el presente, es un “juego” hipócrita, solapado y mentiroso. El poder está en manos de un patriarcado víctima de una severa paranoia y la tarea del feminismo es evitar que el infantil sujeto no desemboque en el cuadro patológico que predomina en aquellos que deciden y disponen de nuestra vida y muerte, bajo el manto de su autoridad.

Buenos Aires
Argentina
4 de diciembre de 2010
Osvaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (16)

Los procesos intelectuales carecen en sí de calidad, salvo en lo que respecta a las excitaciones placientes y displacientes concomitantes, que deben ser mantenidas a raya, como posibles perturbaciones del pensamiento. Para prestarles una cualidad quedan asociados en el hombre con recuerdos verbales cuyos restos cualitativos bastan

para atraer sobre ellos la atención de la conciencia.

La diversidad de los problemas de la conciencia se nos muestra en su totalidad en el análisis de los procesos mentales históricos.

“El hombre virtuoso se contenta con soñar lo que el perverso realiza en la vida”

¿Qué importancia ética hemos de dar a los deseos reprimidos, que así como crean sueños, pueden crear algún día otros productos?

La irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, responde a lo emergente de asociaciones originadas en las fases oral, sádico anal y fálica; un curso inevitable que la civilización patriarcal no está dispuesta a alterar.

El complejo de castración predomina guiando al varón desde la horda primordial, donde la “rebelión”, habría trasladado el poder a la “comunidad”, pero de los machos. Éste juego “democrático” se justifica y está basado en el acatamiento a la ley del “padre”; macho primordial.

En éste “balbuceo”, sobre una situación milenaria de sometimiento patriarcal, el feminismo, que deberá tomar el poder sobre el varón, nos presenta un lineamiento positivo en el sentido de la vital y absoluta claridad de contemplar lo esencial de la fase oral, sádica anal y fálica en la educación del infante. Educación bajo el control absoluto de la mujer.

Esta situación que presenta la civilización patriarcal, con sus “expresiones”, “deseos de igualdad”, “convenciones”, “pronunciamientos locales e internacionales”, “cartas de intención”, “protocolos”, etc., no nos enseñaría nada nuevo; pero de todos modos esta “metamorfosis” da, alcanzando igual resultado, la impresión plástica de una voluntad que tiende hacia un fin determinado y no contradice aún más enérgicamente la concepción de que era puramente casual, y no necesitada de explicación alguna su irresoluble perversión y ambigüedad sexual. No es menos notable el hecho de que en los ejemplos de sometimiento, abuso, violación, femicidio, etc., sea imposible para el propósito consciente, impedir

el éxito de la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón. Los poderes patriarcales avalan y legalizan la prostitución desde el origen de los tiempos y aquello que se opone a los propósitos del perverso patriarca, encuentra siempre una salida cuando se le obstruye el primer camino. Para dominar los efectos del perverso patriarcado es necesario algo más que “contra--resolución” igualitaria, es necesaria una labor psíquica que convierta los efectos del perverso patriarcado en una real igualdad.

Para el imaginario patriarcal, significa que las mujeres representan la caída del “paraíso”. Tal “repugnancia” transferida al contacto de la mujer, sería entonces una “repugnancia” proyectada conforme al mecanismo primitivo, emergente de la rebelión en la horda primitiva, y referida, en último término al horror a la castración. Serían, a mi juicio, procesos mentales inconscientes superpuestos a lo relacionado con las alternativas que se presentan desde el animismo, la religión y lo científico, existiendo así la posibilidad de hallar aún otras distintas rutas mentales, entre los mismos puntos iniciales y final.

Buenos Aires
Argentina
21 de enero de 2011
Osvaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (17)

El conocimiento de las asociaciones de ideas que sucesivamente actuaron y actúan entraña, desde luego, un valor insustituible para la solución de la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón.

El poder patriarcal, cuyo análisis mediante las Notas precedentes, nos ha llevado a las conclusiones que anteceden, corresponde,

como vemos, a un propósito que el varón lleva consigo a la civilización, razón por la cual se repite una generación tras otra en cumplimiento de ese propósito, y reaparece acomodándose al surgir lo femenino en su “rebelión” como “novel” ocasión de estructurar un propósito análogo. Traducido a lo consciente, podría expresarse en la forma que sigue: Tengo que salir de esta situación, en la cual, como ya se ha visto, corre peligro mi poder. Simulemos y ganemos tiempo, mientras nos reforzamos, tomando las precauciones para que el feminismo no nos sorprenda. Estas ideas encuentran clara expresión en la metodología patriarcal ejecutiva, legislativa, judicial y eclesiástica.

La sexualidad no interviene como un “motor” emergente una sola vez en el proceso de la patriarcal civilización, sino que constituye la fuerza impulsora de cada uno de los fundamentos éticos y morales, y de cada una de sus imposiciones. El desarrollo de la civilización patriarcal constituye la “actividad sexual” del irresoluble perverso y ambiguo sexual.

Tenemos toda la historia del patriarcado que me fuerza a repetir que la sexualidad, en sus regresiones, es la clave de la ley del varón. Si no lo reconocemos así, nadie llegará a solucionarlo, aunque la hipocresía del patriarcado pretenda abandonar el principio o postulado: “Las fuertes resistencias contra lo femenino no serían de índole intelectual, sino que proceden de fuentes afectivas; la irresoluble perversión no sublimada y ambigüedad sexual del varón que posee la decisión final en éste esquema, donde lo masculino sigue siendo la ley”. Osvaldo Buscaya.

El patriarcado, conformó desde el origen de la civilización la creación de un orden atado a sus productos mentales, inconscientes en su mayor parte, de las reediciones de los impulsos y fantasías que actúan como singularidad característica que desarrollan a través de los tiempos. Es decir, toda una serie de sucesos psíquicos anteriores cobran vida, pero no, como pasado, de su proceso edípico, sino como relación actual con la persona de la mujer. Son simples

reproducciones o reediciones invariadas. No obstante lo artificioso del patriarcado, se aleja de la sublimación. Apoyándose en alguna singularidad, hábilmente aprovechada, que simula como tendencia “igualitaria” hacia la mujer.

¿Las circunstancias, colocan a una mujer en el “poder”?

En éste lento y trabajoso accionar de lo femenino, en el país, podremos visualizar en el escenario patriarcal, la tarea de la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón. Singular metodología practicada y conocida como ética, moral y ecumenismo del patriarcado. Es lo que tenemos. En éste periodo de “acomodamiento” prevalecerá la hipocresía del poder, en el penoso camino de suprimir las “amnesias”, cegar las lagunas y aclarar lo afectivo patriarcal.

La “acumulación” de poder patriarcal, en toda su historia, hace imposible dar un nuevo curso a su irresoluble perversión y ambigüedad sexual.

Buenos Aires
Argentina
31 de enero de 2011
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (18)

Lo característico del patriarcado, es la inamovible conformación de su estructura psíquica, determinada por los lineamientos de la influencia directa del proceso edípico, sus excitaciones y sus consecuencias, que coagulan en la irreversible perversión y ambigüedad sexual.

No es posible ninguna modificación del patriarcado, que pretende acordar una suerte de igualdad con la mujer; debiéndose excluir totalmente la posibilidad en el futuro, de tamaña pretensión.

La sintomatología de la civilización patriarcal descubre, constantemente, el origen de una influencia alterada de su vida psíquica sobre el enfoque de lo femenino, exteriorizada por tensiones y relajamientos que desembocan fácilmente en el femicidio. El varón, constantemente, se propone ocultar su perverso “movimiento anímico”, pero, son todas conocidas las extraordinarias alteraciones somáticas agresivas, en la expresión facial, el estado de excitación muscular voluntaria, etc., que pueden producirse bajo la influencia del miedo, la ira, del éxtasis sexual que lo enfrente a lo femenino.

Siempre, en tiempos pasados y en el presente, el patriarcado ha practicado el sometimiento de la mujer. Si comprendemos como tal, los esfuerzos encaminados a despertar en la mujer las condiciones y los estados psíquicos favorables a someterla, entonces esa forma metodológica patriarcal es históricamente la más antigua.

Los pueblos primitivos nunca dejaban de apoyar el efecto y las maniobras del varón por medio de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual, con las formulaciones mágicas, las abluciones purificadoras, los sueños proféticos, los ceremoniales exclusivamente en manos de los sacerdotes. Lo eclesiástico creabase y crea un respeto derivado directamente del poder divino. Así, entonces como ahora, prosigue el patriarcado ecuménico, dueño de todos los medios, creando en la mujer el estado anímico favorable de aceptar su sometimiento al comprender en todo su alcance la “magia de la palabra”; como medio más poderoso que permite al varón influir sobre la mujer. La palabra es un excelente recurso para despertar movimientos anímicos en la mujer y por eso ya no nos parecerá tan enigmática la afirmación; que la palabra pueda eliminar toda clase de pretensión de lo femenino, particularmente aquellas que reposan a su vez en sus ansias de liberación.

Buenos Aires

Argentina

Femeninologia
Lo femenino es el camino
femeninologia@yahoo.com.ar

11 de febrero de 2011

**Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)**

Nota (19)

Todas las influencias psíquicas que han demostrado ser eficaces para la afirmación del patriarcado poseen elementos de constancia en lo afectivo, la orientación de la voluntad, el alejamiento de la autonomía, la expectación “confiada” en la ley del varón, todos estos poderes que anulan a la mujer muestran su eficacia milenaria. Tratase, evidentemente, de la “soberana personalidad” del patriarca psíquicamente tan distinta a la mujer que la debe aceptar en su regularidad y eficacia ecuménica.

Para el patriarcado es el reconocimiento, de la importancia y naturalidad de esta imposición deliberada, con los medios adecuados bajo su control y con el estado anímico más bien favorable para el sometimiento, en lugar de dejar librada a la mujer a la disposición anímica que pueda aportar a su libre albedrío.

Resulta así toda una serie de formas encubiertas, algunas de ellas evidentes, otras solo comprensibles sobre la base de complicadas premisas en las posiciones del patriarcado, que ya no pueden despertar admiración en calidad de sacerdote a portador del mandato divino que orienta en la actualidad, su hipocresía, de manera tal que pueda cautivar la confianza y buena parte de la simpatía femenina en sus “expresiones igualitarias”. En estas condiciones sólo ha de servir a una eficaz estrategia globalizada y mediática para alcanzar en todas las “culturas” la adaptación de su irresoluble perversión y ambigüedad sexual. El signo más importante del sometimiento, radica en la conducta de la mujer frente al varón. En efecto, a la mujer se la ha “conducido” en la civilización con respecto a lo social, como un ser inferior al que se le sustrae todo valor de persona, debiendo mantenerse “funcional”

para el varón y sólo debe ver, comprender y responder al macho. Es una manifestación tan notable, que bien puede permitirnos comprender la relación entre sierva y señor. El hecho de que el mundo de la mujer se restringe, por así decirlo, al varón no sería la única característica de éste estado. Agregase la particular docilidad de la mujer frente al varón, al punto que en éste estado de sometimiento debe tornarse obediente y crédula en grado casi ilimitado. La ejecución de esta obediencia y de esta credulidad demuestra, como característica del sometimiento, que la influencia del patriarcado sobre lo femenino se halla extraordinariamente aumentada en la mujer.

La “normativa” patriarcal que el varón ha impuesto en la mujer por medio de su “diseñado” lenguaje, despierta en lo femenino aquella actitud angustiada de “culpabilidad” que corresponde a su contenido de no obedecer los “mandatos”. El parlamento patriarcal se impone como palabra mágica para la mujer y se conduce como si las sintiera en realidad, expresando todos los afectos correspondientes, y en ciertas circunstancias, de “primaveras democráticas”, sus percepciones y vivencias imaginarias son adaptadas para beneficio del patriarcado, mediante su hipócrita “acercamiento” a la pretensión feminista, en el orden de la liberación. Es decir ver y oír alucinatoriamente. La civilización, milenaria, encuentra a la mujer, presa de tal credulidad con respecto al patriarcado, que estaría convencida de que habrá de obrar cuando y como el “páter” se lo “anuncie”, y ésta convicción actúa tan poderosamente sobre la mujer que, en efecto, frente al abuso, la violación, el sometimiento, el femicidio recurre a las instancias de poder, en manos del perverso irresoluble y ambiguo sexual. Ésta credulidad y sometimiento, como la que la mujer ofrece a su “varón”, es la regresiva actitud de la niña para su amado padre, y semejante conformación de la propia vida psíquica a la de otra persona, con análogo sometimiento, tiene como parangón, absoluto, en las relaciones familiares, sociales, laborales, etc. En lo general, la coincidencia de una exclusiva

valoración del perverso irresoluble y ambiguo sexual con una crédula obediencia, constituye una de las características básicas de la civilización patriarcal.

Buenos Aires
Argentina
26 de febrero de 2011
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

Nota (20)

Considerar la necesidad de reglamentar la prostitución con base en los Derechos Humanos, relacionado con las materias de Derecho Penal, Sociología General y Derecho Constitucional con el argumento de que el grupo social conformado por las y los denominados “trabajadores” sexuales se hallarían “desamparados” de la legislación, claramente muestra la prepotencia perversa de la sociedad patriarcal, ya que la prostitución debe ser interrelacionada con el entorno que conforman. Es decir que la civilización patriarcal, adaptándose a los tiempos, “recrearía” la prostitución impuesta como un acto “religioso”, que se practicaba en el templo de la diosa del amor y que ya desde sus orígenes el dinero ingresaba en las arcas del templo; ya que para tener acceso carnal con una mujer en los templos dedicados a tal efecto, el varón debía pagar determinada suma antes o después del contacto. La prostitución, imposición de la civilización patriarcal, deber de todas las mujeres en un principio, no fue ejercida más tarde sino por sacerdotisas, en reemplazo de todas las demás.

Con la desproporción entre la propiedad, es decir, desde el estadio superior de la barbarie, aparece esporádicamente el asalariado junto al trabajo de los esclavos, y con él, como un correlativo necesario, la prostitución por oficio de la mujer “libre”, junto a la prostitución

obligatoria de la esclava; como todo lo que la civilización patriarcal produce es también de dos caras, de doble lenguaje y contradictorio dado que, la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, comprende desde una posición activa y dominadora con respecto al objeto sexual hasta la exclusiva conexión de la satisfacción con la humillación y mal trato del mismo. La historia de la civilización patriarcal nos enseña, sin dejar lugar a dudas, que la crueldad y el instinto sexual están íntimamente ligados. Constituye un resto de los placeres caníbales; eso es una participación del aparato de aprehensión puesto al servicio de la satisfacción de la otra gran necesidad, más antigua ontogénicamente, que podemos observar en las fases pregenitales del desarrollo sexual. Un sádico es siempre al mismo tiempo, un masoquista, y al contrario. Lo que sucede es que una de las formas de la perversión, la activa o la pasiva, puede hallarse más desarrollada en el individuo y constituir el carácter dominante de una actividad sexual. Vemos así aparecer, regularmente, la tendencia perversa como pares contradictorios, donde el complejo de castración y el repudio a la “castrada” inclina a relacionar tales antítesis con la de masculino y femenino, que se presenta en la bisexualidad; contradicción que queda reducida a la de actividad del varón y pasividad de la mujer en la civilización patriarcal, perversa irresoluble y ambigua sexual. Instinto es, uno de los conceptos límites entre lo psíquico y lo físico que deben considerarse tan sólo como cantidades de exigencia de trabajo para la vida psíquica.


Gran parte de las contradicciones surgidas contra estas afirmaciones mías, se explica por el hecho de que se considera coincidente la sexualidad, de la que se deriva la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, con el instinto sexual normal. Pero el psicoanálisis nos aclara aún más esta cuestión mostrándonos que la irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón, no se originan nunca a costa del instinto sexual denominado normal, sino que representan una exteriorización de aquellos instintos que

se considerarían perversos en el más amplio sentido de la palabra, y se exteriorizan directa y conscientemente en actos de abuso, violación, sometimiento, etc., donde la civilización patriarcal posee las “circunstancias favorables”, del temor delirante del paranoico patriarca, que proyecta su hostilidad sobre otras personas, especialmente lo femenino.

Buenos Aires
Argentina
4 de marzo de 2011
Oswaldo Buscaya
(Psicoanalítico)

*Impreso por **Impresora Artística Tipograf S.R.L.***

Marzo de 2011



El discurso de la acción feminológica, de mi ciencia de lo femenino (Femeninología), expone al varón frente a aquello que ha silenciado en el pasado; el fundamento agresivo que encubre con su hipócrita moral y ética patriarcal, que se demuestran insostenibles en el presente. Se ofrece hoy a nuestra vista, con la ciencia de lo femenino (Femeninología), un historial consecuente, inteligible y sin solución de continuidad de irresoluble perversión y ambigüedad sexual del varón. La finalidad está en obtener el poder, por parte de la mujer, suprimiendo todos los “procedimientos” posibles, y sustituirlos por una real y efectiva igualdad resolviendo el carácter preventivo y la educación del infante. De la naturaleza misma del material de la Femeninología, resulta que en la historia del patriarcado deberemos dedicar tanta atención a las circunstancias de lo denominado “humano” y social del varón, como a su patológica aversión hacia lo femenino.

Oswaldo Buscaya